

Rosamunda

Dan Davison

17 November 2009

En el cuento de Carmen Laforet, después de despertarse en un tren, “Rosamunda” conoce a un soldado y le cuenta una versión de la historia de su vida. Aunque no solicitó la información, el soldado la escucha con atención, hasta que finalmente la convida a desayunar. La situación no merecería ser registrada si no hubiera por lo menos tres elementos atípicos. Primero, el encuentro es entre una mujer en las últimas décadas de su vida, y un hombre en las primeras décadas de su vida. Segundo, el comportamiento de la mujer, y su aspecto físico, revelan una persona que no sigue las normas de sociedad, y además que está obsesionada por su vida anterior. Y tercero, la historia que Rosamunda cuenta es extremadamente dudosa.

Consideremos primero la historia contada por Rosamunda. Según ella, se casó con dieciséis años – ya famosa por sus talentos artísticos – y se encontró muchos años después, casada, con hijos y un esposo que poseía cada característica no deseable en un esposo. Después de la muerte del único hijo con el cual se llevó bien, dejó su familia y reanudó su carrera artística, siendo “aclamada de nuevo por el público”. Ahora se encuentra, después de (según ella) haber repartido su fortuna entre los pobres, volviendo a su esposo porque él “no puede vivir” sin ella.

El narrador confirma que varios elementos de esa historia son productos de su imaginación. Lo que parece ser verdad es que al volver a la ciudad, pasó sus días en los vestidos de su juventud, sin casa ni empleo. No es muy sorprendente que deseara la atención del joven soldado: había perdido cualquier sentido de las normas de comportamiento, y además estaba obsesionada por la memoria de su juventud.

Lo que quizás sea más interesante es el motivo del soldado. No era el único soldado en el tren, y podemos imaginar que, en un viaje largo y tedioso, conocer a alguna mujer joven, y desayunar con ella, sería considerado por los demás como un éxito, aunque pequeño. Pero una loca de cuarenta años mas vieja? Por agradable que sea, no es una acción típicamente viril, y podemos inferir que el soldado joven probablemente, como Rosamunda, no ocupa una posición central en la estructura social. Pero sus motivos siguen siendo misteriosos. Cuando está imaginando las “ovaciones delirantes y su propia figura . . . recibéndolas”, es como si creyera su historia,

[Desde este punto, no había acceso a la versión corregida]

y en ese momento parece estar motivado por una fantasía romántica con respecto a la mujer más vieja. Sin embargo, después, el narrador revele pensamientos suyos que no están tan ingenuo: “No cabía duda de que estaba loca, la pobre.” En convidarla a desayunar, el soldado parece tener el idea de que impactaría sus amigos: “Y si contara a sus amigos que había encontrado en el tren una mujer estupenda y que. . . ?” Lo que aparentemente ha olvidado

es que, faltando una mujer estupenda, sería más fácil realizar ese idea sin desayunar con nadie.

En resumen, romántico ingenuo o cínico manipulador, el soldado, como Rosamunda, tiene una comprensión incompleta de la realidad y de la causalidad; por muy diferentes que inicialmente parecen, los dos están unidos por eso, y por una cierta excentricidad.